

**Sr. León David**  
**Semblanza del galardonado**

Hace bastantes lustros que la experiencia avara en ilusiones, aunque pródiga en enseñanzas- me aleccionó acerca de cuán ociosa solía ser la pregunta de por qué, de repente, sin haberlo ambicionado ni mucho menos merecido, me hallaba en el compromiso en esta oportunidad definitivamente halagüeño de desempeñar una encomienda pública y protocolar para la que me sentía la persona menos calificada. En toda una larga existencia dilapidada en el inocuo placer de la escritura no pocas han sido las ocasiones en que me he visto sorprendido como es el caso ahora con ennoblecedoras cuantas indeclinables demandas para las que siempre presumí (no hay un gramo de falsa modestia en lo que afirmo) que sobaban las plumas, acaso no mejor dispuestas que la mía, pero, eso sí, en capacidad de exhibir logros y predicamento con los que yo ni podía ni aspiraba a rivalizar...

Sin embargo, no obstante estar convencido de mi precaria idoneidad en lo que toca a fungir de presentador, cuando Diógenes Valdez me pidió esbozara en esta noche fausta su semblanza intelectual no pude rehusarme.

Tres razones me indujeron a aceptar sin titubeos ni reticencias su solicitud: la primera, que hubiera sido un desaire insufrible, amén de descortés, declinar el honrosísimo encargo con el que el conspicuo escritor a quien hoy rendimos homenaje me gratificaba escogiéndome para que abocetara una semblanza de su persona. La segunda razón tiene que ver con el hecho de que a Diógenes me ha unido desde el día en que lo conocí, tres décadas atrás, uno de esos curiosos, pero genuinos afectos que no cuajan, como sucede la mayor parte de las veces, en virtud del trato íntimo y constante, sino por obra de cierta coincidencia espiritual y propensión simpática que, sin menoscabo alguno para la amistad, puede darse el lujo de prescindir soberanamente de los rituales de la frecuentación. Y razón postrera y decisiva, he reputado siempre a Diógenes Valdez por uno de nuestros más incontrovertibles y diestros narradores, cálamos poseedor por gracioso

regalo de las musas del don de la palabra; opinión ésta que empezó a tomar cuerpo cuando en los remotos años del suplemento cultural AQUÍ que tuve el privilegio de codirigir en la alborada de la década de los setenta redacté una o dos elogiosas notas críticas a propósito de ciertos relatos aparecidos en las páginas de la mencionada publicación periódica, relatos cuyo autor era nada más y nada menos que un entonces desconocido joven llamado Diógenes Valdez.

Hoy, en el marco espléndido de esta sala del Teatro Nacional, nos hemos dado cita para presenciar complacidos como el otrora fabulador bisoño, lejos de incumplir la promesa que su talento precoz anunciaba, convertido en maestro de la prosa narrativa tras ardua, metódica e incansable labor en el campo de las letras, es con toda justicia favorecido con el más señalado galardón que pueda apetecer un escritor en nuestro país: el Premio Nacional de Literatura que otorgan la Secretaría de Cultura y la prestigiosa Fundación Corripio.

Harto bien lo sabemos: premiaciones ha habido discutibles que inevitablemente dejan un amargo sabor en la boca, y otras cuya legitimidad es irrefragable. A las de esta última clase pertenece nadie en sus cabales osará desmentirme la presea que se le acaba de conceder a Diógenes Valdez.

Difículto, en efecto, que en sociedad como la nuestra, cuyo susceptible segmento intelectual está muy lejos de profesar unanimidad de pareceres y que posee una innegable agudeza para percibir la paja en el ojo ajeno y advertir el ínfimo lunar en la piel más lustrosa y delicada, difícilto, repito, que en un medio cultural tan quisquilloso como el nuestro se haya dado jamás la coyuntura insólita de otorgar una distinción con la que –es el caso de la que nos reúne, de prestar fe a lo que la prensa ha comentado, todo el mundo, o cerca le anda, está de acuerdo.

Avanzo a más y digo que el acierto de conferir a Diógenes Valdez la palma de la versión 2005 del Premio Nacional de Literatura, si algo lo confirma, respalda y garantiza es la abrumadora aprobación que ha

suscitado en la grey de los literatos y amantes de la buena lectura. Pareja aquiescencia, verdaderamente excepcional en estas tropicales latitudes, es dictamen que, en punto a dar testimonio de la calidad de los escritos de Valdez, mal haríamos en echar en saco roto. Cuando la decisión de un jurado competente coincide con la de la casi totalidad de los opinantes del conglomerado intelectual de la nación, la posibilidad de veredicto errado es, ciertamente, muy escasa.

Sólo un temperamento refractario a la excelencia podría empecinarse en recusar que el autor a quien estamos ofrendando jubiloso tributo de admiración sea uno de los más sólidos valores de la literatura vernácula contemporánea.

Tranquilo, callado, siguiendo a pie juntillas el sensato consejo del poeta de mantenerse lejos del mundanal ruido, por entero ajeno a los afanes no siempre constructivos de capillas, grupos y cenáculos, no curando en lo absoluto de la vacua pirotecnia de la publicidad, viviendo para adentro, para sus sueños y fantasmas, consagrado con monástico fervor a la tarea de escribir, Diógenes Valdez se nos ofrece acaso como el más cabal y estimulante ejemplo del hombre de letras que siempre respondió al principio de que para cualquier creador que se respete la única empresa de envergadura consiste en concebir una obra cuyo mérito expresivo logre resistir al agravio de los años y pasar con éxito la prueba del riguroso juez de la posteridad.

Empero, ironías de la suerte, a veces la notoriedad toca a la puerta de quien nunca se había tomado la molestia de perseguirla. Y he aquí que el hombre de pluma que gastaba una vida discreta y retirada en el apacible remanso de su hogar de San Cristóbal, el individuo llano, noble, bueno, que nunca cortejó la fama ni se dejó, como tanto otros, avasallar por modas intelectuales, es hoy reconocido y públicamente encumbrado para regocijo de cuantos en este país todavía creemos en la virtud civilizadora acicate del espíritu- de la literatura.

Ahora bien, aunque el que estamos celebrando hic et nunc es, por descontado, su más memorable triunfo, Diógenes Valdez, escritor que

naciera en esta ínsula de nuestros amores y angustias un 29 de mayo de 1941, ha recibido en el decurso de su luenga y fecunda trayectoria literaria más de una envidiable corona. Su libro EL SILENCIO DEL CARACOL obtuvo en el año 1978 el Premio Nacional de Literatura José Ramón López. Igual fortuna corrió su obra TODO PUEDE SUCEDER UN DÍA, ganadora también del Premio Nacional de Cuentos en 1982; en tanto que su novela LOS TIEMPOS REVOCABLES, la tercera que el autor publicaba, conquistó el Premio Siboney correspondiente al año 1983. Y en 1992 se hará nuevamente con el Premio Nacional de Cuentos por su PINACOTECA DE UN BURGUÉS.

Aparte de los títulos mencionados, Valdez ha dado a los que Borges calificaba de arduos honores de la tipografía las novelas LA TELARAÑA (1980), LUCINDA PALMARES (1983), TARTUFO Y LAS ORQUÍDEAS (1998) y la notable saga constituida por seis libros en torno al mito criollo de Yelidá, de Tomás Hernández Franco. Esta leyenda monumental, apología del mestizaje, se compone de las obras que a continuación registraré: LA NOCHE DE JONSOK, HUELLAS EN LA ARENA MOJADA, EL VIENTO Y LA NOCHE, LAS FLORES DE HIELO, EL HIPOCAMPO y finalmente, para cerrar la serie, RAKNAROK.

Si a los nombres que anteceden añadimos sus volúmenes de relatos MOTIVOS PARA ABORRECER A PICASSO (1997) y ACTA EST FABULA (2001) y sus dos obras ensayísticas DEL IMPERIO DEL CAOS AL REINO DE LA PALABRA (1986) y EL ARTE DE ESCRIBIR CUENTOS (2003), podremos forjarnos una idea bastante exacta de la variedad y amplitud de la creación literaria de Diógenes Valdez.

Sin embargo, todavía nos quedamos cortos; pues en abono del laureado escritor que esta noche recibe el más preciado trofeo de la literatura dominicana, no podemos dejar de referirnos a sus numerosos artículos periodísticos sobre autores nacionales y extranjeros y sobre variopintos temas literarios de actualidad, escritos que revelan la insaciable curiosidad de una mente atenta a todo lo que ocurre en el ámbito de la cultura universal.

¿Qué otra cosa adunar a lo ya expresado?... Haciendo gracia de pormenores ociosos a cuantos estas palabras escuchan, apenas agregaré que, hasta donde he podido comprobar, habida cuenta de que en este país ni el más ubérrimo escritor puede vivir de su pluma, a Diógenes Valdez, como a cualquiera de nosotros, le ha tocado ejercer múltiples funciones cosa de poder llevar la comida al hogar decoroso. Así, luego de haberse graduado en el Instituto Politécnico Loyola y de realizar estudios de ingeniería industrial que lo condujeron becado por la OEA y el gobierno dominicano al Uruguay, luego de participar, becado esta vez por la ONU, en un curso especial en el Centro Internacional de Adiestramiento de Aviación Civil, dirigió el Centro de Investigaciones Literarias de la Biblioteca Nacional (1984-1991), institución de la cual fue subdirector de 1991 a 1992.; desempeñó el cargo de Corrector de Estilo de la Secretaría de Educación (1981-2001); trabajó como Asistente del Gobernador del Faro a Colón y dirigió del 2001 al 2004 la biblioteca República Dominicana.

Por dondequiera pasó, deja el recuerdo grato de un hombre apacible, silencioso y amable, cumplidor eficiente de sus obligaciones, que tras una apariencia horra de lo sensacional y pintoresco oculta portentosa imaginación volcada, para delicia de todos nosotros y de las futuras generaciones, en sus libros, vis artística y lúdica creatividad a las que hoy ofrendamos exultante tributo de admiración, respeto y reverencia.